

LA AVENTURA GALANTE

Año I

✻

Núm. 13

1

232378



50 cts.

EL DOLOR DE TRIUNFAR

Laura Brunet

Aventuras Galantes de

La Pompadour 30c

77.º 5

47/1491171

1

232378

LAURA BRUNET

Aventuras Galantes
de
La Pompadour

Recogidas y adaptadas
de los mejores textos
de la época



PUBLICACIONES GALANTES
Rambla Flores, 30
BARCELONA



EL DOLOR DE TRIUNFAR

I

JUANA-ANTONIETA Poisson, la "Reinecita", el "bocado de rey", madama de Le-Normand de Etiolles, el "ruiseñor de los salones", el "hada de los bosques de Senart", deja atrás su pasado para encarnar en ella una corte, un pueblo, un siglo: el maravilloso XVIII francés. El siglo sexto. El siglo no cantado todavía por el poeta de la sensualidad.

Luis XIII *soñó* el amor, Luis XIV, lo *divinizó*, la Pompadour lo *hizo carne* desmedulando a Luis XV. Luis XVI, llegó tarde: la revolución vengó en él los pecados—¡las virtudes!—de los demás.

...El amor celeste y rosa, murió guillotinado en la villa de París, acorralado por los rugidos de los "sans culotte". Luego vino el amor de "puerto de mar"...

El otro, no volverá.

R 3208953

Ahora vivimos el amor del Boulevard, de la Rambla, de la Cannebière. El amor vagabundo. El amor sin amor, sin encanto, sin poesía, sin gracia. Un amor de cura pringón y priora acochinada. Un amor sin moral, sin la moral suprema del buen gusto, que hace ver pornografía donde hay belleza, y hace suponer camastro de prostíbulo donde no hay más que fragancias cordiales y elevaciones del instinto.

¡Bendito seas, XVIII francés, que hiciste carne el amor, pero sin perder el ritmo y la armonía de lo divino y de lo soñado!

* * *

Como gatita calzada, como faldero apaleado, entró por vez primera Juana-Antonieta en los departamentos íntimos del "Palacete".

Temerosa, desconfiada, despierto el cerebro por las lecciones de la "vida", caminaba precavida, porque sabía que Versalles, sueño dorado de todas las favoritas, era también la tumba de todas las ilusiones.

Un paso en falso y todo estaba perdido. Precisaba no darlo. Era indispensable sortear hábilmente todos los cepos, todos los obstáculos, todas las trampas que aun sus propios "amigos" le irían colocando en el camino. Un poco de corazón y... la derrota, la vergüenza y el escarnio serían el final de su audaz aventura.

El corazón es un estorbo en la corte...

El rey la quiere, la desea, pero no se entrega. Habla siempre de hoy. Mañana... ¡quién sabe!

Y este mañana tan deseado, es acechado por todas las cortesanas.

Juana-Antonieta se siente sola. Todo es falso, todo traición a su alrededor.

Las cenas íntimas en el "Palacete", las veladas alrededor de la mesa de juego, van situando a la señora Le-Normand en un plan hábilmente defensivo y sus manecitas comienzan a tejer la tela de araña en la que piensa envolver a todos: amigos y enemigos.

Su estado no es oficial. Todavía sus estancias en los departamentos íntimos son consideradas como visitas más o menos prolongadas, que necesitan "motivo" y "justificación". Ni es la querida del rey, ni tan solo una cortesana. Un capricho servido a su señor por el ayuda de cámara Binet. Nada más.

Juana-Antonieta tiene talento suficiente para darse cuenta del terreno que está pisando, y sabe estremecerse ruborosa cuando el rey, bajo la mesa, acaricia sus manos de muñeca, cuando sus chapines notan la presión de los del monarca y cuando sus piernas tiemblan pudorosas al contacto de las de Luis XV.

Sus ojos, eternamente inocentes, desarman a sus enemigos. Atan a sus amigos.

Juana-Antonieta no es tortuosa. Clara y sencilla como una fuente, todo en ella respira bondad y desinterés.

Ella no quiere nada; no aspira a nada. El amor,

únicamente el amor hacia su rey es la razón de todo. ¡Sólo por él podía faltar a su marido! El día que el rey la abandonara, sería la mujer más infeliz de la tierra.

¿Honores, dominios, intriga, poder? No, no, esto no le interesa: ¡Amor, amor, nada más que amor!

—¡Oh, señor: siendo vos el más humilde de mis criados, habríais sido también el remanso único de mi corazón!

Y el monarca comienza a sentir un desasosiego, una inquietud, un renacer a la vida joven oyendo a la señora Le-Normand...

Pronto, el nombre de Juana-Antonieta comienza a ser repetido con insistencia por los cortesanos. El rey concedía al flirt con la "forastera" más atención de la acostumbrada, y esto no podía ser visto con buenos ojos por la nobleza.

Muchos aseguraban que la dama de Senart pasaba dos y tres días seguidos en los departamentos íntimos de Versalles y no faltaba quien jurase haber visto al monarca entrar en casa de la madre de Juana-Antonieta, en su palacio de la calle Croix-des-Petits-Champs, poco después de haberlo hecho ella.

Los "devotos" de la reina, capitaneados por Boyer, el austero obispo de Mirepoix, agítanse alrededor de María Leczinska y del Delfín para evitar el entronizamiento de una nueva favorita.

Binet es amenazado por el obispo con la expulsión de Palacio si no termina a toda costa con las entrevistas del rey y su prima. Richelieu, por su

parte, ha dado orden de que la servidumbre de palacio se niegue a secundar los clandestinos manejos del entrometido ayuda de cámara y Maurepas en sus conferencias con el monarca le "felicita" astutamente por "haberse reintegrado por completo a su propia soberanía, sin extrañas mixtificaciones".

El rey escucha, observa y calla. Y entre tanto, Juana-Antonieta, todo inocencia, todo ingenuidad, enloquece de pasión en los brazos del rey "su amor supremo". Le canta canciones, le recita poesías y nunca—¡nunca!—pide nada, solicita nada, ni se acuerda de que su amante es el hombre más poderoso de Francia.

A veces, en sus crisis amorosas, besando tembloramente los ojos de su amado, murmura en un ensueño de amor inefable:

—¿Por qué eres rey? ¿Por qué entre tu corazón y el mío ha de interponerse una corona? ¡Seríamos tan felices libres como los pájaros!

Y el rey la oye embelesado, niño, mientras ella, temerosa de perderle, enróscase a su cuerpo como una serpiente... y llora... llora...

El rey besa sus párpados, su frente y se siente irremisiblemente atraído por aquella flor de ingenuidad.

Binet, temeroso de perder su plaza, acude al rey y le expone las amenazas de que es objeto.

El rey sonríe, pero un rictus de desagrado asoma a sus labios.

—No te preocupes, Binet. Mis cortesanos son demasiado buenos para conmigo. Cuidan mucho de

mi salud... pero a veces, se exceden en su cometido. Yo también soy un buen médico y sé el remedio que me conviene... ¿Vendrá hoy?...

—Está arriba, señor.

—Bien, bien, Binet. Tú, seguramente, tendrás tus aspiraciones y yo desearía conocerlas. Ya hablaremos, ya hablaremos...

* * *

Juana-Antonieta, como presintiendo el estado de ánimo del amante, le hizo aquel día más feliz que nunca. Sus brazos tejieron no soñadas caricias y sus muslos magníficos arrancaron vibraciones supremas al entonar la canción del espasmo.

Pero sus ojos no resplandecían alegres. La muñequita estaba triste, angustiada.

—¿Qué te ocurre pequeña?—hubo de preguntarle el monarca, mientras reparaban las agotadas fuerzas sentados frente a frente en un veladorcito.

—Nada, señor; soy feliz, aun en mi propia desgracia.

—¿De veras te aflige alguna pena, niña?

—¿A qué negarlo? Os amo con toda el alma, os amo como jamás había amado y temo perderos muy pronto.

—¿Perderme?

—Sí, sí: perderos. Y entonces, ¿qué sería de mí? ¿Dónde ir? ¿Qué hacer? Pobre y desvalida, nadie me ampararía... nadie.... nadie...



... al sentir enlazado su talle por el gentilhomme, bajó discretamente la cortina...

El rey creyó llegada la hora de las "peticiones" y sonrió benévolo.

No perdió ella el detalle y dejó que esta creencia se afanzara más en el monarca para luego acorralarlo en su propia mala intención.

—Soy joven, señor, y dicen que soy bella. Alejada del mundo de la corte, sin influencias, sin un brazo protector que me ampare, siento que las energías me abandonan y que la soledad, el temor y la desconfianza me atenazan con sus garras... ¡Si vos me ayudarais!...

—Habla, niña, habla, que el rey de Francia no quiere que se nublen esos ojos azules. ¿Qué deseas?

—Para mí nada, señor.

—¿Para... tu marido?

—Sí; para él. Quiero devolverle la libertad. Os amo, os pertenezco sólo a vos y no sé resignarme a compartir con él un amor que no le corresponde. Yo no sé mentir, señor, y mi vida a su lado es una farsa insoportable. Mi marido es muy celoso. Mi marido me ama con locura y al notar mi desvío, me hace imposible la vida. Busca, inquiere, indaga, y el día que se cerciore de que ha perdido mi amor, no volveré a veros más: me matará.

Poco acostumbrado el rey a esta clase de maridos, no sabía qué contestar. Ella, habíase sentado sobre sus rodillas y le besaba en los ojos, en la frente, en los labios; eran sus besos suaves y cariciosos, sin atisbo alguno de sensualidad. Besos de súplica, de rendimiento, de temor de perder pa-

ra siempre el bien amado. Los de él, en cambio, eran golosos, lujuriantes, encendidos como brasas.

Juana-Antonieta, aniñada, juguetona, cabalgó sobre sus rodillas y enguirnaldó con sus brazos el cuerpo del amante.

Pronto las carnes halláronse de nuevo bajo la crujiente seda y los pechos soberbios, al desbordarse inquietos por el escote, ofreciéronse erectos, retadores como lanzas, a la voracidad del monarca.

Vencido él, dominadora ella, complacíase en escamotearle las victoriosas ubres al intentar aprisionarlas en sus labios enfebrecidos, para luego ofrecérselas más tentadoras, más rígidas, más incitantes en el turbador estuche de blondas y de encajes.

—¡Cuánto os amo, señor, cuánto os amo!

Y las sedas crujían más, y los cuerpos se retorcían como sarmientos.

—¿Por qué no hemos de ser felices? ¿Por qué nuestro amor no puede encerrarse, tímido, avaricioso en el más humilde rincón de este Palacio, lejos del mundo falso de la corte, libre de importunas miradas? ¡Solos como dos palomitos! ¡Ellos, los ambiciosos, que intriguen, que acechen, mientras Luis y Juana, sin que nadie lo sepa, sin que nadie se entere, apuran gota a gota el cáliz todo delicia del más sincero de los amores!

—Sí... sí... solos... solos...

Juana-Antonieta, amazona, tirando fuerte de las bridas del potro, le fascinaba con los ojos, le atur-

día con los labios, le dominaba con las rótulas poderosas...

—¿Solos, verdad? ¡Solos... con nuestro amor!...

Y su busto irguióse triunfante, clavando el botón de fuego de sus pechos en los labios temblorosos del macho encelado...

II

AL siguiente día, Richelieu, por discreta indicación del monarca, disponía que las habitaciones aun tibias por el recuerdo de la duquesa de Chateauroux, fueran decoradas y alhajadas primorosamente para albergar un nuevo huésped.

Juana-Antonieta, por su propio y único esfuerzo, había alcanzado una nueva victoria.

Richelieu comenzó a darse cuenta de lo peligrosa que era la "niña" y no le pareció inoportuno un cambio radical de política.

Ya que el río no había querido ir hacia él, no había más remedio que ir hacia el río.

Todo su buen gusto, todo su refinamiento fué puesto al servicio del decorado de los salones destinados a la incipiente favorita.

Quiso, además, encargarse de la tramitación secreta del divorcio y de la separación de bienes de la señora Poisson y el señor de Le-Normand.

Rastreó, intrigó, depuso su altivez y su orgu-

llo y logró, por fin, establecer una corriente de cordialidad entre él y Juana-Antonieta, que ésta aceptó complacidísima, pues no gustaba de tener enemigos en sus iniciaciones.

Terminadas las obras en los departamentos de Versalles, el propio duque fué encargado por el rey de la misión de instalar secretamente en ellos a su joven "viuda".

—No sé, querido duque, si estos amores tendrán un mañana, pero soy tan feliz con ella, que no quiero desperdiciar las delicias de este hoy luminoso que ha sabido despertar en mí.

* * *

Un atardecer frío y desapacible del mes de marzo, una carroza con el escudo de los Richelieu esperaba frente al palacio de Le-Normand, de la calle Saint-Honoré. Lloviznaba. Una neblina gris enturbiaba las calles y las envolvía misteriosamente. Las luces de los faroles proyectábanse sobre las losas húmedas, fulgurando en mil irisaciones al destriarse en los caprichosos arabescos de la neblina volatilizada.

Tras los ventanales de un palacio próximo, atisban dos sombras.

A poco, sigilosamente, introdúcese en la carroza una pareja. Cierra precipitadamente la portezuela un lacayo. Chasquea la fusta. Arrancan los briosos corceles y la carroza, a paso lento, va difumándose a lo largo de la calle.

Tras los cristales del palacio próximo, siguen atisbando las dos sombras.

—¡Por fin!—suspira madama de Tencin, al perder definitivamente de vista la carroza.

—¡Es un gran triunfo para vos!—exclama la "marquesa Carrillon", besando contenta a su entrañable amiga.

* * *

En la lisura de la carretera, balandrea la jiba de la carroza que avanza lenta hacia Versalles.

Amplias, solemnes, como ensanchándose sobre las viejas casucas, caen cachazudas nueve campanadas de lo alto de la torre de Passy.

—¿Os apetece algo, señora?—pregunta Richelieu, caído todo el cuerpo en uno de los ángulos de la carroza.

—Gracias; sois muy amable—contesta agradecida Juana-Antonieta, más nerviosa, más inquieta que su acompañante.

Llevan una hora dentro del coche y son, estas, las primeras palabras que han cruzado.

Pero, roto el hielo, establecido el diálogo, Richelieu intenta proseguirlo.

—Os veo inquieta, señora.

—Es tan difícil, duque, dar en firme el paso que voy a dar esta noche. ¡Estaré tan *sola* en el castillo!

—¡Mejor compañía que la del rey de Francia!

—No puede apetecerse, es verdad. Pero ¿y el amanecer, duque?

—Confieso no comprenderos, señora. Habéis logrado realizar el sueño dorado de toda una vida. ¿Qué más queréis?

—No despertar de este sueño, duque. Mantener eternamente el encanto de esa quimera. ¡Son tantas las que esperan vez a cada amanecer de la realeza!

—Jamás he visto al rey tan enamorado como ahora.

—Os creo, porque creer es un gran consuelo para mí. ¡Quiera Dios que no os equivoquéis!

La carroza había dejado a su espalda Point-le-Jour y enfocaba la Avenida de Versalles. De tarde en tarde rasgaba la noche la palidez de la luna, asomada imprecisa, fría, inexpresiva, tras los densos y ennegrecidos nubarrones colgados en el plúmbeo firmamento.

Richelieu, perdida su indolente actitud, acodado en sus rodillas, la vista fija en sus manos, prosiguió:

—Vuestros temores los creo infundados, señora. Sois bella, sois peor que bella y difícilmente las "amistades" del rey hallarán la persona que pueda sustituirlos.

—Si no os supiera el hombre más gentil y más galante de la corte, llegaríais a esperanzarme con vuestras palabras, duque.

—¿Dudáis de mi sinceridad?

—¡Jamás! Tiemblo si por vuestro desvío... injustificado, incomprensible, en caballero de tan ponderados méritos y tan reconocida hidalgía...

—¡Lástima grande que no siempre haya sido tan bien considerado por vos, como lo soy ahora!

—Mi opinión fué siempre la misma.

—¿Entonces?...

Juana y Richelieu quedáronse mirando largo rato. Altivo él, docilísima ella.

—Vos más que yo sabéis que si no me hubiera defendido en cierta ocasión, la "dama rosa" habría sido flor de un día en la corte. Ningún interés nos ligaba. Vos mismo lo dijisteis: "Una entrevista sin trascendencias ulteriores". ¿Recordáis?...

El duque evocó largamente. Luego, asintiendo con la cabeza, silabeó:

—Lo recuerdo, señora, lo recuerdo.

La carroza continuaba cachazuda su camino.

Los dos ocupantes, silenciosos, cerrados en sí mismos, mecidos por el recuerdo de una lucha cruenta, atisbábanse, temerosos de traicionar sus pensamientos.

Respiraban como ahogándose. Tosían, combábanse sus pechos en una angustia inexplicable...

Nuevamente los ojos hiriéronse con sus filos y Juana, ruborosa, vencida, al suelo la mirada, murmuró lentamente, cadenciosamente:

—Hoy las cosas han cambiado. He llegado donde estoy, por mi voluntad, por mi esfuerzo propio...

—Y por vuestros turbadores atractivos. Sois la mujer más bella de Francia, sois...

Juana-Antonieta, al sentir enlazado su talle por el gentilhomme, bajó discretamente la cortina de la portezuela.

...Un beso comenzado en Sévres y terminado a las mismas puertas del castillo...

Un tratado de paz fervientemente deseado por ambos contendientes.

III

JUANA-ANTONIETA no pudo evitar una lágrima furtiva, cuando, después de ser presentada a la servidumbre, Richelieu pronunció ceremonioso la frase protocolaria:

—Estáis en vuestra casa, señora.

Le habían sido destinadas tres magníficas habitaciones del castillo, cuyas ventanas asomaban, cara al norte, a un hermoso jardín.

Todas estas habitaciones comunicaban con las particulares del rey y quedaban muy distantes de las de la reina, aun dentro del mismo cuerpo de edificio.

Juana-Antonieta comenzó los preparativos para recibir al monarca.

Estaba emocionada. Un nerviosismo extraño la sacudía.

Vistiéronla seis sirvientas, a las que mandó retirar una vez terminada su toaleta.

Daban las once cuando unos golpes discretos en la puerta llenáronla de sobresalto.

Miróse una última vez en el espejo, y complacida de sí misma, musitó:

—El paso está libre.

En el marco de la puerta recortóse la esbelta silueta de Richelieu.

—Perdonad, señora, si durante una hora he de importaros con mi desagradable compañía. Su majestad ha cenado con *Madama*, y acostumbra a prolongar la sobremesa en estas cenas oficiales, hasta media noche. ¡Nuestra bondadosa reina cena tan de tarde en tarde con su esposo!...

Juana-Antonieta estaba radiante. Deliciosamente desvestida, ofrecía la visión de todos los encantos y todas las bellezas de su cuerpo de tanagra.

El duque, realmente impresionado por aquella estatua de carne, acercóse a ella y besó la carnosidad de su torso.

—¡Por Dios, duque, si nos sorprendieran!

—En palacio, señora, no hay sorpresas más que cuando *precisa* que las haya. No es este vuestro caso. Nadie sabe que estoy aquí, más que *quien* debe saberlo. Estáis bellísima. Enloqueceréis a *nuestro* buen amigo.

El duque, caricioso, aristocrático, como temiendo deshacer el conjunto de bellezas que hacían irresistible a Juana, reseguía suavemente con los dedos, el rosicler de sus carnes de maravilla.

Ella, humilde, añorada, ofrecía de vez en cuando leves resistencias, que enardecían más a Richelieu.

Sedas, encajes, blondas y brocados eran salazmente acariciados por el cortesano, cuyos ojos cairelados de lujuria, devoraban los encantos demo-



Deliciosamente desvestida, ofrecía la visión de todos los encantos...

níacos de la real bestezuela, y suplicaban la máxima concesión.

Temblaba ella, de miedo de ser descubierta. Quería la amistad de Richelieu, pero la temía. ¡Lo sabía tan falaz! ¡Contábanse de él tantas infamias en su vida de intrigante! ¡La horrorizaba caer en una de sus celadas!

—No, no, duque; aquí no. Otro día... en mi casa...

Richelieu separóse ofendido.

—Veo, señora, que todavía me contáis entre vuestros enemigos.

Juana-Antonieta no sabía qué hacer. Su cerebro, siempre tranquilo, siempre atento al menor detalle, no acertaba a señalarle un camino para salir de aquella angustiosa situación.

El duque, de pie frente a un ventanal, parecía haber renunciado definitivamente a sus propósitos, pero la dureza de sus facciones no dejaban ocultarle el rictus virulento del despecho.

Juana, suplicante, velada la voz, espurneantes los ojos, acercóse a Richelieu hasta rozarlo con su cuerpo. Inició él un movimiento repulsivo que ella evitó cogiéndole cariciosa las dos manos.

—¿Por qué no me queréis "bien", duque? ¿Por qué me pedís "ahora" lo que sabéis no puedo daros?

Richelieu, desdeñoso, intentó deshacerse de nuevo de ella.

Juana, ya dueña de sí, dispuesta a penetrar hasta lo más hondo del pensamiento de Richelieu, retuvo fuertemente sus manos.



.. ¡En este momento cúmplense justos cuatro años de mi primera noche de boda!...

—¡No me huyáis! ¡Miradme a los ojos! ¡Más! ¡Más! ¿Qué queréis de mí? ¿Perderme? ¿Destrozar mi vida?...

—¡No!... ¡No!... ¡Te amo!... ¡Te amo como jamás amé a otra mujer! ¡Me muerdes aquí, aquí, en el corazón! ¡Como una víbora! ¡Como una lobezna!

Richelieu no mentía. Juana-Antonieta lo vió en sus ojos y ardiente, poniendo fuego en sus labios y lascivia en sus brazos lujuriosos, le besó en la boca rabiosamente, huyendo después, felina, a refugiarse en el tocador.

El duque tembloroso, irradiando sus pupilas turbulencias de deseo, fué hacia ella, calientes aun sus labios del muerdo de la diablesa.

No se atrevía a tocarla. Temía manchar con sus manos la maravilla impoluta de aquel cuerpo de muñeca.

Ruborizado como un niño, como un colegial, suplicó:

—¡Juana! ¡Estamos solos! ¡Nadie puede espiarnos!... ¡Juana!...

Ella, apoyada en el tocador, accedió.

El arco triunfal de sus muslos dió paso al tenaz luchador, y al adormecerse en el último beso, observó juiciosa:

—Sois un hombre ideal, duque. No habéis deshecho ni un solo lazo de mi toaleta.

Richelieu besó su diestra y desapareció agradecido.

* * *

Minutos después, el lecho real estremeciase al peso de dos cuerpos sabiamente entrelazados.

* * *

Ocurría esto la noche del 9 de marzo de 1745. Ella lo hizo notar al monarca:

—¡Qué coincidencia, majestad! ¡En este momento cúmplense justos cuatro años de mi primera noche de boda!

Un zurriagazo medular desbocó los instintos del macho encelado...

IV

EL rey había pasado una noche feliz. La pequeña damita de los bosques de Senart era muy complaciente, “jugaba muy bien al amor” y —¡cosa extraordinaria!— no quería nada, no pedía nada, no aspiraba a nada.

Luis XV no creía mucho en eso que han dado en llamar “amor”, pero aquella extraña mujer le desconcertaba y, aun sin querer, hubo de consultar algunas veces al espejo para justificar la rara pasión que había encendido en aquel corazón todo ingenuidad.

Al despedirse aquella mañana el monarca, preguntóle acariciándole la barbilla.

—¿Estás contenta, niña?

—Soy feliz, completamente feliz.

—¿No apeteces nada?

—Sí; un beso, majestad. Un beso que perdure en mis labios hasta que volvamos a vernos. ¡Hasta que el sol de nuestro amor ilumine de nuevo la negra noche de vuestras ausencias!

—¿Nada más?

—¿Creéis que es poco?

El rey la besó y al atravesar el salón de Hércules para introducirse en la capilla, mascullaba todavía:

—¡Extraordinario! ¡Extraordinario!

* * *

Juana-Antonieta descansó hasta las cuatro, almorzó con madame de Hausset, y dió comienzo después a su toaleta.

Poco antes de las seis, anunciáronle la llegada del peluquero, Dagé.

Juana no pudo evitar una sonrisa.

El desprecio de que la había hecho objeto este mago de las tenacillas en sus iniciaciones, había dejado honda huella en su corazón y dejóse arrastrar por un insano deseo de venganza.

Recibióle ante toda la servidumbre y trabó con él, amistoso diálogo.

Dagé era realmente una potencia. Sus manos adornaban las cabecitas de todas las damas de la corte y era punto menos que imposible obtener sus valiosos servicios.

Al instalarse Juana en los departamentos íntimos de Su Majestad, Dagé, atento a las costumbres palatinas, presentóse a la hora de costumbre para peinar a la nueva favorita.

—¿Todavía tenéis tantos compromisos como antes, mi querido Dagé?—preguntóle ella, maliciosa.

—¡Ah, señora! Los compromisos del real peluquero, a veces, entran también en el protocolo.

—Comprendo, comprendo, Dagé. Y en aquella ocasión...

—Naturalmente. Tened en cuenta, señora, que era el peluquero de la *otra*.

Una ola de fuego carmineó las mejillas de Juana. Esta nueva ofensa, delante de la servidumbre, la humillaba. A través de la luna del espejo pudo sorprender contenidas sonrisas de las doncellas. Madama de Hausset, aun sin querer, estaba roja como una amapola.

Juana, al desgaire, arreglando uno de sus bucles, indicó:

—El señor Dagé desea servirme solo, para aplicar a mi peinado uno de sus maravillosos secretos.

Retiróse la servidumbre, pero Juana sabíase espiada tras las puertas de la habitación.

Ya sola, sin dar a las palabras la más insignificante dureza, continuó:

—Decíais, querido Dagé, que como peinabais a la *otra*...

—Evidentemente, señora. Fácilmente comprendéis que...

—Claro. Vuestra actitud no podía ser más lógica. Pero...

—Tuve un disgusto, creedme, un verdadero disgusto, pero no tuve más remedio que seguir las indicaciones de quien podía más que yo. ¡Era tan exigente la duquesa!

—¿Fué ella quien os obligó a no servirme?

Dagé sonrió. Y luego, flemático, insolente, po-

niendo en sus palabras un aire insoportable de superioridad, contestó:

—En la corte, señora, no se “obliga” nunca a nada al alto personal palatino. La duquesa había nacido “ya” marquesa, y conocía bien las costumbres de esta casa. Una indicación, por suave y velada que ella sea, basta. Ya iréis aprendiendo, ya iréis aprendiendo...

Esta nueva ofensa hizo saltar los nervios de Juana y dispúsose a vengarlas todas de una vez.

Sentada con displicencia en un sofá, incitante, provocativa, alzó su holgada falda y dejó al descubierto sus muslos blancos y sedosos.

Los ojos del peluquero dilatáronse asombrados.

Juana, despreocupada, arregló cuidadosamente uno de los encajes de su pantalón y “sorprendiendo” el azoramiento del Fígaro, preguntóle picaresca, entornando sus ojillos:

—...¿verdad que la *otra* no era tan bella como *ésta*?

Dagé sonrió felino, hincó la rodilla y, pretencioso, convencido de su “guapura”, musitó:

—Ni tan bella... ni tan digna de mis más fervientes homenajes.

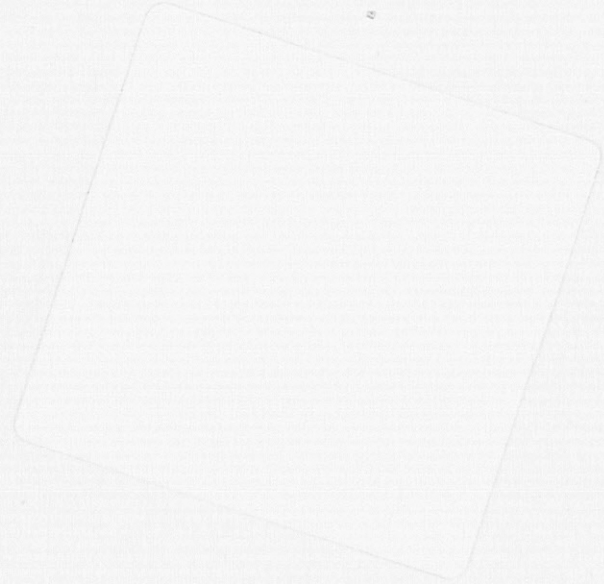
Y al ir a posar sus labios en la carne tentadora, una solemne bofetada le hizo perder el equilibrio y rodar por el pavimento.

La servidumbre invadió la estancia presa de gran azoramiento.

Juana-Antonieta, tranquila, sin perder la serenidad, de pie ante el espejo y empolvando impasible su dorada peluca, limitóse a aclarar:

—No es nada. Un pequeño incidente sin importancia. Seguramente, la *otra* debía ser más complaciente que la *nueva*...

En cuanto a usted, Dagé, no se preocupe: puede continuar con mi tocado... Estoy deseando ver terminado este modelo de su invención...



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

600
PIDA USTED LA CO-
LECCIÓN COMPLETA DE

EL TALISMAN DEL AMOR

CONSTA DE SIETE EPISODIOS
A CUAL MAS INTERESANTE



CADA CUADERNO 30 CÉNTIMOS